

anda; si la figura es de trapo, ¡cómo se ha de mover! El autor nos quiere convencer en muchos capítulos de que su Agueda es la muchacha más instruida, discreta y católica de la montaña; y sí lo será, porque nosotros no tenemos prueba en contrario: lo que negamos, yo por mí lo niego, es que Agueda sea una figura viva y bella, como en las obras literarias se necesita. Mucho alabarla el autor y ponerla en los cuernos de la luna y sobre su cabeza, pero no pasa de ahí. Lo que dice Agueda no la hace verosímil, ni ménos simpática; es una devota ilustrada, sosa como una calabaza; será muy ama de su casa, pero eso es poco para sorber el seso á un hombre. En verdad que si Fernando no fuera tan grandísimo mequetrefe como sin duda es, no se mataría por mujer tan soberbia, tan desabrida y tan sin caridad. Pudo, en buen hora, prendarse de su hermosura física, que al parecer era extraordinaria, segun la pinta el autor en un capítulo que no será realista, pero es *volcánico*, sin duda alguna, y recuerda no poco los buenos tiempos del desnudo; pudo, digo, Fernando prendarse de aquellos atractivos que sedujeron más tarde á Bastian; pero lo que es amor tan por lo sublime y obcecado y tan sin vuelta de hoja en mujer semejante, no se le hubiera ocurrido al hijo del volteriano, á no haber sido lo poco sesudo que vamos á ver.

El autor ha querido ofrecernos el libre pensamiento en su encarnacion ménos repugnante, presentándolo en dos personas honradas, aunque sólo honradas *humanamente*, como dice un crítico. Como en *Gloria*, los fanáticos son personas muy de bien (humanamente). Pereda ha querido establecer cierto paralelismo entre novela y novela, aún en esto, y enfrente de los Lantigua, tan buenos como ultramontanos, coloca á los Peñarrubia, tan honrados como ateos.

Nunca se les ocurre á nuestros novelistas neos, que sin perdon así se llaman, representar el libre exámen en hombres que crean en Dios y en la otra vida, y, en fin, que tengan su alma en su almarío, como se dice; siempre son estos libre-pensadores materialistas de brocha gorda, cuando no perdidos sin conciencia, pero de todas maneras, gente que se ahoga en poca agua, y en cuanto truena se acuerdan de Santa Bárbara. Fernando es un muchacho que ha sido educado sin religion, que después estudió medicina y se resolvió á no creer en Dios

en todos los días de su vida. Se hace doctor, y con tan plausible motivo reniega del alma y de quien la inventó; vá al Ateneo, y se hace aplaudir en un discurso empecatado, cuyo tema es el siguiente: «La conciencia es una série de fenómenos en el tiempo (claro, hombre, si son fenómenos... en el tiempo han de ser) los hechos materiales y espirituales son producto de una fuerza única; todo se reduce á sensaciones; el milagro no existe.»

Así como á D. Quijote le hacía una gracia que no se podía explicar el estribillo aquel *del Toboso*, me la hace á mí, y no ménos extraordinaria, el estribillo del tema «el milagro no existe.» Pero ¿qué tiene que ver el milagro con todo lo demás del tema? En otros pasajes de la novela se habla también del milagro, y se conoce que el Sr. Pereda tiene grandísimo empeño en que los milagros existan, porque los considera demostración de sus doctrinas, pero demostración de las más sólidas é incontrovertibles. Lo mismo opina el cura de mi aldea que, *con un sólo milagro*, dice él, está al cabo de la calle Fernandito, no sólo perora en el Ateneo, sino que después habla con su novia de la tesis del doctorado y del discurso del Ateneo. Y con esto cae para siempre en ridículo el mísero libre-pensador. ¡Está bueno eso de irse al pueblo á discutir con una muchacha la tesis del doctorado y la teoría de los milagros! Verdad es que Agueda también tiene sus argumentos, tomados probablemente de las *Cartas á un excéptico* ó de las *Refutaciones* del P. Franco de la Compañía de Jesús. ¡Que discursos, qué sermones! ¡Parece mentira que el autor de todas esas puerilidades pseudo-religiosas sea el mismo que hace hablar á Macabeo como Manzoni hacía hablar á *Renzo!*

El conflicto que existe en la novela podía resolverse de muchas maneras; pero el autor le tiene miedo y no le resuelve. Yo he leído muchas coplas en que un moro se prendaba de una nazarena; surgía, como era natural, el *conflicto* de la diversidad de religiones; pero al cabo, en parte por la gracia de Dios, en parte por las gracias de la nazarena, el moro se convertía y veía como la luz la divinidad de Jesucristo y todos los misterios del dogma. No de otra manera cuando se pinta una batalla siempre es el enemigo el que come tierra, mientras los compatriotas parece que en vez de balas ó lanzadas reciben confites. Fernando, después de consultar la librería

de su padre, pues tiene el propósito de convertirse, si puede, se vá á ver con el cura de Valdecines. Pero si en la librería de Peñarubia faltaban los SS. PP., en la cabeza del cura de Valdecines tampoco están, y Fernando se convence de que á no ser por un milagro, de los que él negaba en el Ateneo, no es posible creer en Dios. En llegando á esta ocasion, el autor echa de ver que el *conflicto* no tiene arreglo y tira la casa por la ventana, ó lo que es lo mismo, arroja por un despeñadero al libre-pensador que se mata, porque no encuentra la religion de los mayores de Agueda, y porque en Valdecines corre el chisme de que lo que busca el mediquillo de Perojales es la bolsa de doña Marta. En mi vida he visto ateo que se ahogara en tan poca agua como Fernando. Pase el inconveniente de la religion, aunque siempre quedaba la esperanza de que leyendo novelas de Pereda, Fernando llegara á convertirse, pero lo que es el obstáculo que le presenta la maledicencia, no debió acobardarle hasta el punto de echar por el atajo y estrellarse en las peñas de la Hoz. Ello, en fin, ¿qué se podía esperar de un orador que le cuenta á su novia lo que le sucede en el Ateneo, ni de un pensador que quiere consultar con los autores el caso de unas calabazas ortodoxas?

Algo más que Fernando valē su padre; es carácter más complejo, más real y que revela algun estudio de cierta clase de libre-pensadores, de esos que acaban por *redondearse*. Por desgracia, Peñarubia padre tiene poco que hacer en la novela, y todo se vuelve hablar con afectado é impertinente *humorismo*, hasta que el peligro crece, en cuyo trance se manifiesta en el doctor muy natural y noble sentimiento, aunque no con la diligencia debida.

En suma: el Sr. Pereda se ha equivocado en absoluto por lo que toca á la intencion de su libro. Ha escrito una novela monótona, fria, inverosímil por querer seguir las huellas de escritores que tampoco han dado en el clavo, y por oponerse á otros que viven en regiones á que no debe aspirar el autor de *D. Gonzalo*. Pero en todo aquello que es de su jurisdiccion, el artista admirable es hoy el mismo de siempre. Quien ha escrito *La hoguera de San Juan*, *Los trapillos de Macabeo* y tantas escenas de valor análogo, que no escasean en esta obra; quien ha descrito aquel despertar de los prados después de la lluvia y otros pasajes que recuerdan la novela de Manzoni y

algunas poesías de Leopardi, tiene títulos suficientes para ser admirado, y hasta pueden perdonársele sus *pecados de trascendentalismo*, porque ha amado mucho y hecho amar las bellezas de la madre Naturaleza, tan agena á los escrúpulos de monja y á los discursos del Ateneo.

---

---

## DE BURGUESA Á CORTESANA

Mi querida doña Encarnacion: Ya sé que las de Pinto dijeron por ahí á los amigos, que las de Covachuelon no iríamos á las fiestas por falta de posibles ó por falta de amor á los regocijos, como dice mi Juan que se llama eso; no haga V. [pizca de caso, porque ya nos hemos encargado los sombreros, de esos que parecen de hombre, que son la última moda, segun dijo la modista, que es de París de Francia, como si dijéramos; porque si bien ella no nació allá ni lo vió nunca con sus propios ojos, su marido es de pura raza parisien: con que figúrese V. Iremos, y tres más, lo cual, para evitarle á V. molestias de andar buscando casa y demás, nos iremos derechitos á la suya, y así se ahorra V. la incomodidad de tener que entenderse con fondistas y amas de huéspedes, que en estos dias sacarán la tripa de mal año y pedirán por una habitacion un ojo de la cara. Adjunta le remito la lista de las monadas y cachivaches que mi hija la mayor quiere que V. le tenga comprados para el mismo dia que lleguemos; porque todo su prurito es que de cien leguas se la tome por una madrileña, porque ser provinciana es muy cursi, ya ve V.; y aunque yo le digo que lo que se hereda no se hurta, y que de casta le viene al galgo... y que una Covachuelon, que descende de cien Covachuelones, aunque sea con el aire de la montaña puede tenérselas tiesas, en punto á buen tono y chiqq (*sic*),

con la más encopetada cortesana, que puede ser hija de un cualquiera; digo que, á pesar de esto, la niña quiere que V. la tenga preparados esos trastos: y no es que aquí no haya guantes de esos que llegan hasta los hombros, porque tambien los vende la modista que tiene un marido de París; pero, qué quiere V., estas muchachas del dia están perdidas por no ser de su tierra. Y mire V., en confianza, doña Encarnacion, y aquí *inter nos*, como dicen los franceses, la chica está en estado de merecer, y aquí todos son pelagatos, no hay proporciones, ¿quién sabe si alguno de esos caballeros en plaza, de que tanto hablan los periódicos, se enamorará de mi niña? En ese caso, nos quedaríamos á vivir en Madrid, que es lo que yo le digo á Juan; pero mi Juan es tan terco que no quiere abandonar este destino humilde, indigno de un Covachuelon, porque dice que es seguro y manos puercas. Como si no conociéramos el mundo, doña Encarnacion, y no supiéramos que eso de gajes es cosa comun á todos los destinos, con tal que haya buena voluntad. Yo, á decir la verdad, no sé de que son esos caballeros en plaza; pero sin duda serán unos cumplidos caballeros, que apaleen el oro ó por lo ménos las fanegas de trigo, que todo es apalear. Demás de esto, mi Juan, que tiene mucho amor á las Instituciones, no perderá el tiempo durante nuestra estancia en esa, ni se dormirá en las pajas, porque el ministro le tiene ofrecido torres y montones; pero ojos que no ven... y así atenaceándole de cerca y no dejándole á sol ni á sombra, verá V. cómo se logra un ascenso, que buena falta nos hace, porque con este modestísimo sueldo y todas las manos que Juan quiera, no se puede vivir: y si no, ahora se ve, lo que es una deshonra, que para emprender un viaje á la Corte, con rebaja de precio y todo, la familia de un Covachuelon se halla obligada á vender los cubiertos de plata y algunas alhajas de los Covachuelones que fueron. Dígales, dígales V. á las de Pinto (sin contarles los de los cubiertos), cuánto hacen y pueden los de Covachuelon en alas ó en aras (nunca digo bien esta palabra) de su amor á las Instituciones. Aquí se ha corrido el rumor de que por culpa de Moyano ya no habia fiestas; que ese señor, que dicen que es muy feo; y lo prueban, habia aguado la funcion; pero no lo hemos creído, porque es imposible; Dios no puede consentir que mi hija se quede sin su caballero en plaza, porque eso sería como

quedarse en la calle; ni mi esposo ha de pudrirse y pudrirme en este rincón oscuro; los Covachuelones pican más alto, y amanecerá Dios y medraremos; porque la mala voluntad de las de Pinto poco podrá contra los altos escrutinios de la Providencia, que á todas voces llama á los de Covachuelon á la Corte. Diga V. de mi parte al Sr. D. Juan, su marido (¡qué diferencia entre los dos Juanes! el de V. tan dócil, tan rico y tan amigo de su negocio), pues dígale V. que me busque sin pérdida de tiempo papeleta para todas partes: queremos verlo todo, lo que se llama todo, porque ¿á qué estamos? no es cosa de vender una los cubiertos, para volversé luégo dejando por ver alguna cosa. He leído en *La Epoca* que los provincianos llegarían tarde para sacar papeleta: ¡qué sabrá ella! *La Epoca*; como si esos perdularios de gacetilleros, que son la perdición del país, hubieran de ser ántes que nosotros, que servimos á la patria y á las instituciones, desde un rincón de España, con celo, inteligencia y lealtad, como decían los mismísimos liberales cuando dejaron cesante á mi marido. Sería de contar que la señora de Covachuelon é hija se quedaran sin papeleta para ver todo lo reservado y todolo no reservado.

Hemos de verlo todo: digáselo V. así á D. Juan: no rebajo nada.

¡Oh, quién fuera condesa, amiga mia! Pero de ménos nos hizo Dios, y como Juan, el mio, ande derecho y en un pié, y haga lo que yo le diga, quién sabe á dónde podremos llegar, y si vendrá día en que yo le vea á él mismo hecho un caballero en plaza, título que me suena de perlas, y que no puedo quitármelo de la imaginación. No canso más; consérvese V. buena y no se olvide de los encarguitos. Su amiga de toda la vida que desea abrazarla pronto,

*Purificacion de los Pinzones de Covachuelon.*

P. D. Le advierto á V. que Juan se muere por los caracoles, y le dará V. una sorpresa agradable si se los presenta para almorzar el día que lleguemos. Supongo que irán Vds. á esperarnos con los criados, porque llevaremos mucho equipaje, y esos mozos de cordel la confunden á una con una palurda y piden un sentido. Suya,

*Purificacion*

Otra P. D. Le advierto á V. que en las camisolas y en los pañuelos que le encargué el otro día para Juan, han de ponerse estas letras, P. Juan, que no significan Padre Juan, sino que Juan es marido de Purificacion, como V. sabe. Un Covachuelon no podria poner en sus camisas unas simples iniciales como cualquiera. Espresiones á su Juan de V.

PURA.

Por la ortografia.



---

---

## DE BURGUESA Á BURGUESA

---

Pajares 1.º de Febrero.

Mi querida Visitacion: Cuando ésta llegue á tus manos estará tu pobre Pura, tu buena amiga, enterrada en vida, con no sé cuantos kilómetros de nieve sobre la cabeza. Nos ha cogido la mayor nevada del siglo en medio del puerto, y no podemos volver atrás ni llegar á nuestro bendito pueblo, del que ojalá no hubiéramos salido nunca. El correo lo llevan los peatones; yo he ofrecido el oro y el moro porque me pasara un peaton, y porque me pesaran en el estanquillo, para llegar á mi destino en calidad de certificado, costara los sellos que costara: imposible, me fué forzoso renunciar á mi proyecto, y aquí me tienes extraviada en el camino como carta de Posada Herrera. Mi Juan, ese hombre de bien, no hace más que dar pataditas en el suelo, soplarse las manos y exclamar de vez en cuando: ¡maldita sea mi suerte! ¡Calzonazos! Como si no fuera él la causa de todos nuestros males. Figúrate, tú, Visita, que lo primero que hace Juan en cuanto llegamos á Madrid es coger una pulmonía. Verdad es, que por más de veinticuatro horas la disimuló, para que yo no me incomodara y pudiese ver los festejos; pero buenos festejos te dé Dios: yo queria estar en todas partes á un tiempo, como es natural en tales casos; para esto es necesario correr mucho; pues nada, Juan no daba

paso: que le dolía esto, que le dolía lo otro, y no se meneaba. Tomamos un coche para los tres, el cochero refunfuña y me dice no sé que groserías respecto á si yo abultaba por cuatro, y Juan... ¡qué te parece! Juan no le rompió nada.

Se pone en movimiento aquel armatoste, y á los cuatro pasos el caballo... cae muerto. Juan se enfureció porque yo le eché á él la culpa; pelea tú con un hombre así: en fin, nos volvemos á casa, y doña Encarnacion con una oficiosidad que me dá mala espina, declara que Juan está malo y que debe acostarse; y se acuesta, y viene el médico, y dice que mi esposo tiene pulmonía. Ya ves como todos se conjuraban contra mí. Adios visitas al ministro; adios ascenso, adios quedarnos en Madrid. Añade á esto que doña Encarnacion, que es una jamona muy presumida, no habia comprado más que adefesios para mi hija, todo cursi y de moda del año ocho. Purita pataleó y echó la culpa á su papá, que efectivamente es quien nos trae en estos malos pasos de ser provincianas y tener que guiarnos por los envidiosos de Madrid. Pedíamos billetes á D. Juan, que si quieres; ni uno sólo habia podido conseguir, y eso que amenazó con la dimision de su destino; pero no dimitió: qué habia de dimitir, si estos burócratas de Madrid no saben lo que es dignidad. Pero, dirás tú, y con razon, ¿por qué tú Juan habia de necesitar que nadie mendigara billetes para su mujer? Es verdad, y en eso hablas como una Santa Teresa; pero Juan, nada, en su cama, queja que te quejarás, preparándose á bien morir y sin pensar en billetes, ni en caballeros en plaza, ni en ascensos, ni en todo eso que me trajo á la Corte en mal hora. En fin, Visita, no hemos visto nada, á no ser las iluminaciones, que valientes iluminaciones estaban; y se dió el caso de andar la familia de Covachuelon sin cabeza, porque la cabeza tenía malo el pulmon, de andar por aquellas plazuelas y calles de Dios, como unas cualesquiera, como unos papanatas, codeándose con la plebe y teniendo que dejar la acera á los que la llevasen, aunque fueran hijos del verdugo. Aquí no se respetan las clases, ni el abolengo, y no le conocen á una en la cara los pergaminos ni la categoría. No creas que el bullicio fué tan grande como dicen, y de mí te puedo asegurar que no grité viva nada, porque esto no es modo de tratar á la gente. ¿Te acuerdas de aquel D. Casimiro á quien sacamos diputado por los pelos, y gracias á estaquillos y chorizos de los deco-

misados? Pues, atúrdete, D. Casimiro, que tenía un paquete de entradas para todas partes, pasó junto á nosotros sin saludarnos, en un coche muy elegante, que no sé de donde lo habrá sacado ese pelagatos. Y dicen que la conciliacion se arraiga y que esto vá á durar: mira tú que postura de conciliacion es ésta, ni si lleva trazas de arraigarse un ministerio tan destartalado y montado al aire. Después de ver tanta farsa y tanto descaro no me quedaba más que ver, y quise volverme á mi tierra: el mismo dia en que la enfermedad de Juan hacía crisis, segun dijo el médico, cogí á Juan por los piés, y lo vestí, y lo tapé, y escondí entre cinco mantas: *hice la crisis* yo, y nos metimos en el tren correo. Juan, dócil por la primera vez de su vida, se puso bueno en el camino, ó por lo ménos disimuló el mal; y aquí nos tienes con la nieve al cuello, en un lugar que no tiene nombre en el mapa; yo furiosa, Purita desesperanzada de coger una proporcion, y Juan dando pataditas en el suelo, soplándose los nudillos y murmurando á cada paso: ¡maldita sea mi suerte!

Si algun dia llego á mi casita, y desempeño los cubiertos, y junto algunos cuartos procedentes de las manos de Juan, que él llama groseramente puerkas, y pongo esos cuartos á réditos y saco una renta regular para ir tirando... te juro, Visita (tanto es lo que aborrezco la conciliacion), te juro que presento la renuncia del destino de Juan y me declaro *ilegala*.

PURIFICACION.

Por la ortografía.

---



---

## D. GONZALO GONZALEZ DE LA GONZALERA (PEREDA)

---

Con mucho, pero con mucho vale más esta novela que *El buey suelto*.

El interés que allí apenas existe, en la última obra del señor Pereda es, si no muy intenso, suficiente para dar pábulo constante á la curiosidad del lector: la acción está bien compuesta, con habilidad y mucho tino; los caracteres, si no todos, los más importantes, son muy verosímiles, típicos, perfectamente dibujado alguno; y sobre todo, aquello en que más se luce el Sr. Pereda, la descripción de lugares, costumbres, modales, y cuanto el pintor realista cuida con más esmero, constituye el mérito peculiar de esta novela; que en punto á lenguaje y estilo poco dejará que desear al más exigente.

Esto me dicta la imparcialidad, y por mí ya puede el señor Pereda ser más reaccionario que el Gobierno, que como escriba con garbo y salero y nos dé muchos Patricios Rigüelta y muchas férias de Pedreguero, yo me reiré de sus sermones anti-parlamentarios y de sus cuchufletas contra la revolución de Setiembre.

¿Que el Sr. Pereda es reaccionario? Que lo sea. ¿Que opina como los brahmanes, que los labradores deben formar una casta inferior, incapaz é incapacitada para los negocios públicos? Que lo opine. Si no me propina sus lucubraciones de retrógado en artículos de *El Tiempo* ó de *El Fénix*, sinó

diluidas y casi disipadas en una fábula que sirve de pretexto á hermosas y frescas descripciones de pintorescos parajes, de características costumbres y de tipos cómicos ó sublimes, perdónole de todo corazon al autor sus *genialidades* de ultramontano, olvídome de sus débiles argumentos en pró del antiguo régimen, y aplaudo el arte con que me entretiene y me deleita; bendiciendo de paso la gallardía de su pluma, que tan lozano conserva el buen hablar que en España solia ser corriente en tiempos pasados.

Conociendo la parte flaca del *D. Gonzalo Gonzalez de la Gonzalera*, un agudísimo crítico de los del rebaño ortodoxo dijo que Pereda no se proponia ahora demostrar cosa alguna ni resolver problema que valga. Tal creo, es decir, tal aparento creer para no incomodarme y no echarlo todo á rodar. Pues bueno estaria que el autor se propusiera demostrarnos que los liberales somos unos pillos, punto más, punto ménos, y que la vida política que queremos introducir en el pueblo rústico y urbano es nada más la confusion, el vicio, la rebeldía, la infamia y por contera el robo y el asesinato.

Si á Coteruco, Arcadia municipal, vinieron á desbaratar el idilio de que gozaba el procomun, aquel endemoniado estudiante y el soberbio indianete, amén del ingeniosísimo Rigüelta, nada dice eso contra la *gloriosa*, porque lo mismo que les dió á los intrigantes por la libertad, pudo haberles dado, si á mano viniera, por D. Cárlos, y hubieran, en tal caso, soliviantado al pueblo so capa de unidad católica, y legitimidad, y otra porcion de abstracciones, echando á perder la influencia justa del Sr. Perez de la Llosia, que, pongo por caso, sería entónces liberal. Y D. Frutos, el cura, sería de la partida acaso, y los desmanes no hubiesen sido menores, y los mozos en vez de ir á la mies serian arrastrados á la faccion, y al Sr. D. Roman se le secuestrarian bienes y persona, etc., etc., sin olvidar la quema de los papeles del ayuntamiento, y aquello de levantarse con los fondos municipales y con el santo y la limosna. Todo pudo ser de todas maneras. Si el Sr. Pereda prefirió que los galopines y los necios alborotadores se afiliasen al partido de los *ensalzaos*, como dice el magnífico Rigüelta, con su pan se lo coma; pero segun era Lúcas, y segun era D. Gonzalo, y segun era Patricio, todo les hubiera convenido, y segun los tiempos así las obras. Fueron liberales porque de esa mano

corrian los vientos. Y punto aquí sobre este particular de las *tendencias* del libro. Piadosamente supongamos que el Sr. Pareda no le dá importancia al que parece fin ó propósito principal, y que ni siquiera ha querido detenerse á dar más lógica y más fuerza á los argumentos que á tal objeto apunta de soslayo.

La montaña, sus paisajes, sus costumbres, los tipos de sus habitantes, eso es lo que trae entre manos y de eso entiende el ameno escritor de quien trato. De lo que entiende como nadie.

Desde que nos coloca en el vericueto de Carrascosa nos hace asistir á un panorama, rico en colores, gracioso en los contornos de sus partes, de matices delicados, de oportuno claro-oscuro, de composicion bien repartida y agrupada; el arte anda por allí como Pedro por su casa, y la hermosura de la forma, del ruido, nos hace olvidarnos, y en buen hora, de las pocas nueces.

La descripcion del valle, la especial de Coturaco de la Rinconada, la particular de las casas de D. Lope, de D. Roman y de D. Gonzalo, son de mano maestra; lo que está á los ojos comienza á hablar de lo que dentro habita, y cuando llegamos á la cocina de los Perez de la Llosia, ya conocemos al dueño, sus gustos y sus méritos. Buena conversacion la de la cocina; aquella familiaridad respetuosa, tan real y tan bella, la apuesta característica de D. Roman y de Gerion; todo lo que allí pasa está bien dicho y es copia artística de la realidad. Como esto hay mucho bueno, por el estilo, en todo el libro, y mucho más que las escenas grotescas, fáciles para pluma ménos expérta, de la revolucion coterucana, me agradan y admiran las que se refieren á la vida natural y ordinaria de aquellas comarcas montańesas.

Lo que se vé en la taberna parece cuadro de Ostade, así como la feria de Pedreguero, que en punto á paisaje es lo mejor de este libro y de otros muchos. Yo confieso que sin perderme iria de Carrascosa á la casa de la fragata, de allí á la Casona y de ésta á ver á D. Roman, todo lo tengo delante de los ojos; y á los vecinos del pueblo no se diga, porque los conozco como si los hubiera parido, y ojalá, que buen escritor sería yo entónces. Si yendo de la taberna á la alcaldía me encontraba en una calleja con dos aldeanos que estaban liando un cigarró y echando un párrafo, saludaríaes por su nom-

bre: adios Gorio, adios Carpio, diria: *os saqué por la pinta y por el estilo en auto á la plática de las personas.*

No crea, ni por pienso, el Sr. Pereda que no nos interesan la *Cordera* y la *Galinda*; y mucho que sí, que puesto que poco hace tuve el honor de advertir al simpático novelista que Gedeon, *El buey suelto*, es un buey sin bendita la gracia, anónimo y sin parecido á fuerza de singular y único: no sucede lo mismo con estas vacas y vaqueros que son de la montaña, bien determinados y conocidos, y llenos de méritos para figurar en obras de arte. No es lo mismo crear un tipo que aspira á ser, y debe ser, por el propósito conocido del autor, representación típica de todos los congéneres, que describir y retratar, por modo de arte, determinadas realidades, conocidas, palpables. Querer pintar al celibato y retratar únicamente á D. Fulano de Tal, de estado soltero, es errarla, si al arte se mira; pero decir: vamos á la montaña, describamos sus paisajes, sus costumbres, sus tipos, y hacerlos ver y palpar es acertarla. Yo no conozco más que de paso la montaña; pero conozco mejor á Astúrias, que tanto se le parece, y puedo declarar que Pereda sabe dar vida en el papel á todos aquellos cuadros de la Naturaleza, tan dignos de ser atendidos por la literatura y las demás artes.

Pero ya es tiempo de que lleguemos á los personajes.

D. Gonzalo.—Es el protagonista, pero se deja eclipsar por su lugar-teniente Patricio Rigüelta. De *La Gonzalera*, aunque dá de bruces en la caricatura no pocas veces, es la copia exacta del indiano de María Perez, que ya está de vuelta. Así hablan, así se contonean, así discurren, si aquello es discurrir. Pero no es D. Gonzalo ni el que está mejor, ni el tipo que ofrecia más dificultades.

D. Roman.—Es la Providencia *literaria*: una Providencia, como todas las antropomórficas, un tanto autoritaria y oscurantista, por lo que mira á los intereses del Agora. Es el personaje *tendencioso* de la obra, y resulta algo absoluto, pero no faltan rasgos que le dan en ocasiones calor de *humanidad*, como diria quien todos sabemos. El disgusto de la feria, en que su amor propio queda lastimado por culpa de las novillas, coloca á D. Roman en la categoría de los personajes de carne y hueso que tan bien parecen en las novelas.

D. Lope (y vamos por categorías).—Es un *original* posible,



pero no muy verosímil: pocos rasgos, pero buenos. Cuando habla D. Lope, lo hace á las mil maravillas. Sentado sobre el *potro* de Carrascosa parece bien, es escultural y dá un tono muy agradable al cuadro final del libro.

Lúcas.—Este es el estudiante. Es embrollon, bullanguero, fanático, gárrulo, sin seso, pero no sin malicia, y lo que tiene de sagaz y artero no se aviene con tanto fanatismo y tanta necedad liberalesca; pudo ser energúmeno y ambicioso, que de esto se vé: pero tonto y listo en una pieza no cabe.

Patricio Rigüelta.—La obra maestra, Maquiavelo de campanario ó diplomático de chaqueta, malvado sin conciencia, ni falta, carácter de una pieza, aunque sea tan mala, es uno de esos tipos en que cabe acumular tantos rasgos de belleza entre sombras: desesperacion de las medianías, piedra de toque del verdadero ingenio. En las acciones y en las palabras de este personaje ha echado el resto Pereda, y bien puede tenerse por artista de monta después de haber ideado y *esculpido* (estilo fracmason) á Patricio Rigüelta. La belleza de esta creacion es de esas que niegan los estéticos ultramontanos (que tambien hay montes en esto de la estética), porque como vá mezclada con el mal moral, juzgan que no existe. El valor de la obstinacion, de la energía, de la constancia en los propósitos de la habilidad mañosa, crean belleza, y el contraste del mal, de la mala voluntad, dá atractivo mayor á esta clase de obras artisticas, pese á todos los Jungmann del mundo.

D. Alvaro, D. Frutos, Apolinar, Magdalena, Osmunda, Gildo, Gerio, Toñazo, Carpio, Narda, Chisquin, y otros y otros personajes más ó ménos secundarios, darian ocasion, si hubiera espacio, para alabanzas unos, para censuras otros. Osmunda, la envidiosa, vale más que Magdalena, la virtud desabrida; Alvaro será buen mozo, pero es soso; Gerio y Carpio encantan al lector con su conversacion, primero; pero cuando la repiten una y otra vez aburren un tanto. D. Frutos debió ser puesto por mí entre los notables: ¡qué bien se las vuelve al cuerpo al estudiante en lo alto de Carrascosal! Sus virtudes y su carácter son simpáticos. Gildo, secretario letrado, es digno hijo de su ilustre padre Patricio Rigüelta.

Todos estos personajes, y otros muchos que no por omitidos son grano de anís, andan revueltos y seriamente interesados en la accion de la novela, que es importante, como dije,

más que por el fondo del asunto, por la graduacion y habilitada marcha de los sucesos. Sin embargo, la exposicion, al revés de lo ordinario, es más bella que el desenlace, que por causa de algunos capítulos lánguidos, y tal vez supérfluos, deja el interés de capa caída.

No digo que un exámen escrupuloso, para el que no tengo tiempo, dejará de descubrir defectos de bulto que yo omito señalar en *D. Gonzalo Genzalez de la Gonzalera*: sobre todo, si volviéramos al propósito del autor podríamos ponerle como chupa de dómine por sus ínfulas de estadista á la oriental; pero todo esto ya no cabe discutirlo. Como tampoco protestar de ciertas alusiones que he creído ver en lo de «lirios cursis del valle, marimachos libres-pensadores, etc. etc.» Si el Sr. Pereda alude á lo que barrunto, ¡pobre Sr. Pereda, que con todo su ingenio, que es mucho, seguirá en vano las huellas de quien recorriendo los mismos parajes, nos llevaba en el aire, en un vuelo mágico, con la mirada fija en la hermosa tierra y la mente vuelta á los misterios del cielo! Siga, siga el Sr. Pereda paso á paso, aunque no vuele, que para todos habrá su pedacito de gloria, como no den en tirarse chinitas. Ya ve que, *neo* como una loma y todo, se le alaba cuando lo merece. Y eso sí; en lo de imitar con la pluma aquella pintoresca vida de la montaña, pocos habrá que le pongan el pié delante.

---

---

## GLORIA (PEREZ GALDÓS)

### PRIMERA PARTE

Un distinguido crítico francés lamentaba, no há mucho, la decadencia que sufre la novela en la literatura de su patria: á las sublimidades del genio, ha sucedido el mediocre *savoir faire*; á las grandezas á veces desmesuradas de la inspiracion, han reemplazado los primorosos detalles de la habilidad; se han ido los genios de la novela francesa, han quedado algunos talentos; ya no se dice Balzac, Sué, Dumas, Hugo; se dice Feuillet, Droz, Theuriet, Cherbouliez (1). Si ántes se trataban en este campo de la literatura todos los problemas más altos, con excesivas pretensiones acaso y soluciones extremadas, pero siempre con miras levantadas y dotes superiores, ahora se prefiere un estrecho y modesto círculo, un horizonte limitadísimo para hacer acabadas labores de filigrana, irreprochables miniaturas. Tal autor se refugia, armado de microscopio, en un rincon de un alma, y de allí saca á la estampa un museo de curiosidades psicológicas; tal otro prefiere la naturaleza, y corre, con sus lienzos preparados, á cualquier pintoresco lu-

---

(1) Este artículo, escrito hace muchos años, es uno de los primeros del autor, inocente *idealista de cátedra* entonces. Hoy considera novelistas de primer orden a Flaubert y Zola, honra de la novela francesa.

gar de próximo ó lejano departamento, y de allí vuelve con perfectas fotografías; parece que el tono consiste en limitarse; algun malicioso podria pensar que la moda nueva es un pretexto de la incapacidad: véase á Feuillet, pulido, elegante, gran anatómico de espíritus aristocráticos, ¡cómo vacila, cómo tropieza, cómo se derrumba, si de la pura psicología experimental de determinadas razas, quiere ó necesita pasar á otras más anchas ó trascendentales esferas! Son preferibles los Droz, los Theuriet con sus novelas *á la Ostade*, llenos de luz... como un gusano de luz, que no alumbra, que no basta para guiar en la oscuridad, pero que al fin es luz, como una estrellita nacida de una flor en los prados. ¿Acusa esto decadencia en el espíritu de la literatura francesa? Es simplemente una mutacion de cauce, prevista por la filosofía hegeliana; lo que vá sucediendo en toda la historia tambien sucede en cada pueblo: primero se piensa con imágenes, después sin ellas; hoy Francia no necesita del arte para interesarse por las cuestiones graves de la civilizacion.

Renan, por ejemplo, escribe un libro de filosofía, más ó ménos sistemática, y su libro puede hacerse tan popular como una novela de Dumas en su tiempo.—En España hoy todavía, y fuera ilusiones, todo filósofo nace krausista, y por ende nebuloso y no muy limpio de conciencia: así lo cree el público grande, que es el gran público; lo cree primero porque sí, y luégo porque muchos se lo dicen. ¿Quién compra un libro que no se entiende? Los pocos que pueden entenderlo, tampoco lo compran, porque esos saben hacerlos, y si no los hacen es porque tampoco los venden. El pueblo sabe un poco de filosofía por las discusiones del Congreso; pero allí está mezclada con demasiadas alusiones personales, y siempre se la llama á la cuestion. Consecuencia que saca el pueblo: la filosofía es una cosa que estorba para hacer leyes. ¿Y qué queda? El terreno vastísimo de la amena literatura, y dentro de ésta la dilatada zona de la novela; de aquí no puede desterrar á la filosofía ni el Gobierno.—Se le dice al pio lector: el vago misti-cismo inspirado por imprudentes enseñanzas engendradoras de orgullo y aspiraciones falsas, ¿sabes cómo se llama? Se llama D. Luis de Vargas. ¿Y sabes cuál es el destino de ese ideal nebuloso que se cree abocado á imposibles grandezas? Pues es el casarse con *Pepita Jimenez*.

Cuando la filosofía se llama *Pepita Jimenez*, no se olvida jamás. Es providencial este florecimiento de la novela entre nosotros, auge y resurrección que nadie pone en duda dentro ni fuera de España. Algunos autores, pocos todavía—pero ya serán muchos,—sintiéndose llenos de fuerzas adecuadas, han emprendido la meritoria empresa de remover y conmover la conciencia nacional, y hablando á la fantasía de nuestro pueblo con poderosas imágenes, llenas de frescura, originalidad y *sabor de patria*, despiertan en él los dormidos gérmenes del pensamiento reflexivo de un sueño de siglos. Porque no hay que olvidar que no toda la filosofía es científica, ni siquiera metódica, ni escolástica siquiera; hay también la filosofía de todos los días y de todas las horas: es el pensamiento moviéndose, aunque no quiera, viendo y juzgando, aún á su pesar, que son los de la razón unos ojos que no tienen párpados, y no hay lo de cerrar los ojos si se trata del alma. España, desde el siglo xvi, no ha dejado de filosofar; lo que hizo fué filosofar de la peor manera posible: tuvo un sistema, á saber: que no se debía pensar. Para este modo de filosofía, que podía llamarse filosofía necesaria, sirven admirablemente las obras literarias, y la novela *tendenciosa* ó filosófica, ó como se quiera, es ahora en nuestro país de gran oportunidad.

La primera filosofía, aún en este aspecto vulgar, es la filosofía de lo absoluto (aunque fuese para negarlo), y así lo han comprendido nuestros buenos novelistas, que por esta razón y otras no ménos atendibles y que miran al tiempo actual y á las condiciones de nuestra raza, han tratado el problema religioso bajo uno ú otro aspecto en sus principales producciones. En esta que llamamos filosofía necesaria, la religión es considerada muy pronto, y principalmente en sus relaciones con subordinadas esferas. De ello están convencidos los restauradores del género literario á que venimos refiriéndonos, y nada ménos que á esa altura han colocado su obra. Alarcon, en su más alabada novela *El Escándalo*, trata el problema religioso en sus relaciones con la conciencia moral; Valera, en *Pepita Jimenez* y en las *Ilusiones del doctor Faustino*, por múltiples respectos, habla de religión con una especie de panteísmo literario; Perez Galdós, en *Gloria*, la más reciente y la mejor de sus producciones, atiende exclusivamente á la religión. La novela modernísima española ha empezado, pues,

por donde debía empezar; no ha podido ser más oportuna: cuando los franceses confiesan que la suya degenera, se empequeñece, notamos con placer purísimo que la nuestra se acrisola, se ennoblece y se levanta... Pero no nos ciegue el orgullo; ellos ya ha pasado por aquí, Juan Valjean podría ser abuelo de Gloria.

## I

No por establecer comparaciones, más odiosas que en toda literatura, sino por atender al valor y representación de *Gloria* y su autor en la novela española contemporánea, recordaremos los antecedentes literarios de la obra que debe ocuparnos. Mientras Pérez Galdós escribía sus episodios nacionales, pudo con justicia la crítica española y extranjera elogiar sus talentos, que eran muchos, señalarle como uno de nuestros mejores novelistas; títulos sobrados tenía para ello sin salir de los límites que él mismo parecía haberse trazado; nadie podría negarle aptitud para más altas empresas; acaso meditando mucho en sus episodios se vislumbraban ráfagas de genio superior, profundidades de su pensamiento, que pronto desaparecían á la vista, tal vez porque el escritor juzgaba que *non erat hic locus*; pero tampoco se podía, en rigor, atribuir á tales obras la importancia y trascendencia (1) de otras novelas que, coetáneas, aparecían en nuestra patria, abordando unas resueltamente la cuestión religiosa y moral, y otras, aunque de soslayo, con más profunda intención, los más áridos problemas de ese orden. Por la utilidad inmediata de los episodios nacionales, por la novedad y oportunidad del intento, por la felicidad del desempeño, ya muchos colocaban á Pérez Galdós sobre todos: tal lector, cansado de leer novelas alemanas, inglesas, francesas y norte-americanas, llenas de áridos problemas morales, psicológicos y hasta teológicos, volvía con placer, y como por descanso y solaz, la fantasía á estas ricas, frescas y salpimentadas narraciones, y hallaba más sabrosa su lectura que todas las filosofías del mundo más ó mé-

---

(1) Otro error. Los *Episodios Nacionales* valen tanto como lo que más valga de cuanto se ha escrito en España en nuestro tiempo.

nos entreveradas. Mas si esto sucedia á unos pocos, la mayor parte de los lectores, que no saben alemán y, aunque lo sepan, quieren pensar en español, necesitaban una novela tambien nacional, pero que tratara esas cuestiones cosmopolitas, *católicas*, que son la esencia de la vida. En atencion á esto, los episodios no estaban á la altura de otras obras. Alarcon daba *El Escándalo* á la estampa, y el espíritu público, entónces como ahora, muy atento al orden de ideas que esa obra inspira, apoderóse de ella con avidez, y se leyó y se comentó por todos. Fué un acontecimiento en la literatura. Pero dentro del problema religioso moral, ¿qué representaba *El Escándalo*? La solucion del pasado y con fórmula bien concreta y conocida: el jesuitismo. El P. Manrique, un jesuita, es providencia de la obra y convierte y purifica al libre pensador Fabian Conde, un libre pensador que seduce marquesas casadas y engaña á niñas inocentes. Bien conoce el P. Manrique, segun lo expresa con sonrisa desdeñosa, las obras de Kant, de Hegel, de Buchner (primoroso salto) y *tutti quanti*, y por consiguiente no necesita decirle Fabian de dónde saca su irreligiosidad y anejas fechorías. Nada importa todo esto para que la novela de Alarcon sea notable; lo es y de interés sumo. Si el arte podia darse por contento, no así los intereses más caros de nuestra civilizacion. Los partidarios de la tradicion y de la autoridad estaban de enhorabuena; tenían un novelista filósofo *trascendental*, que resolvía los más apurados casos de conciencia con el criterio de Loyola y simbolizaba el libre pensamiento en un mozalvete aturdido, calavera... aunque de buen corazon; un corazon tan bueno que le llevaba, después de mil tropiezos, al redil santo, abdicando de mil errores que no tenía, porque en realidad Fabian Conde habia pensado poco en las cosas de allá arriba. Fácil triunfo. Pero si los jesuitas nos llevaban un compañero, que no merecía en realidad rescate, tomaba la revancha D. Juan Valera, que engalanando con mil afeites y cosméticos del misticismo más deslumbrador á la sin par *Pepita Jimenez*, bien alcoholada con ensueños de la gloria, la presentaba seductora, irresistible á los pasmados ojos de D. Luis de Vargas, inverosímil seminarista, conquista preciosa que con armas y bagajes se pasaba á nuestras filas, abandonando por siempre las aéreas moradas y escalas místicas. Mucho salimos ganando: Fabian Conde era el peor de los

libres pensadores, no lo era en rigor; Luis de Vargas era un colegial, de tan bueno, imposible. Mas no todo era ventura: si Valera llevaba indiscutible ventaja á Alarcon en la profundidad de las concepciones, en el alcance de sus miras y hasta en los recursos del arte; si era tambien cierto que se colocaba enfrente del tradicionalismo, no era, por desgracia ó por fortuna, bien definida su actitud. Valera es así, vá con el pensamiento y con las consecuencias de sus creaciones muy léjos, acaso demasiado léjos, pero no quiere manifestarlo en sus palabras; hasta pretende que no nos demos por enterados: si se le dice que *Pepita Jimenez* significa tal cosa, lo niega, asegura que no es más que la historia de una viuda que se llamaba así. Es claro que no lo creemos, ni él lo dice para que se le crea. Pero esa reserva, esos circunloquios, si acaso sirven para hacer más picantes sus obras y sublimar con el misterio el pensamiento del autor, le dañan por otros lados, porque pierde en diafanidad y precision y se enajena las simpatías de muchos espíritus francos y graves. Ni siquiera nos atrevemos á desear que Valera borre estos lunares en sus escritos; tal vez el encanto inefable que produce el conjunto se debe en mucho á esa manera del autor de *Pepita Jimenez*; no queramos disipar el encanto. Además, es innegable que Valera ha llegado muy adentro en los *subterráneos del alma*, y como él no puede llevar el sol consigo, ¿qué mucho que allí no vea del todo claro?

Pero si nos es lícito, y hasta obligado, celebrar la aparicion de otro escritor de no inferiores vuelos, que sabe y quiere sin ambages, perifrasis ni pretericiones, colocarse en nuestro campo enfrente del enemigo, peleando por una bandera conocida y desplegada á todos los vientos: este escritor es el inspirado autor de *Uloria*.

## II

De Orbajosa (1) á Ficóbriga media gran distancia; Orbajosa, la ciudad episcopal metida en el corazon de España, representa el fanatismo de nuestro pueblo en todo su horror, sin atenuaciones, acompañado de numerosos satélites que nunca dejan

(1) Lugar de la accion de *Doña Perfecta*. Véase acerca de esta novela un artículo de *Los Lunes de El Imparcial* del Sr. Gonzalez Serrano.



de seguirle: la hipocresía, la fiereza, la tenacidad, la ignorancia pretenciosa y otras malas pasiones; allí vive el fanatismo tal como es, tal como le han hecho en la historia las causas múltiples de que se origina.

Doña Perfecta es la más real figura, el tipo de nuestra mujer fanática, cuando en su aberración nadie hay que le vaya á la mano.—En Ficóbriga, villa risueña junto al Cantábrico, el negro fantasma ha desaparecido; el fanatismo, si existe, es vergonzante; en vez de aquellos sombríos personajes, como el penitenciario, Caballuco, doña Perfecta, se nos presenta una familia ilustrada, de buen tono, de agradable trato, de sentimientos elevados y caritativos sobre toda comparación. Los Lantiguas son unos cumplidos caballeros. D. Angel Lantigua, obispo allá en Andalucía, es la mayor gloria de Ficóbriga y un verdadero pastor de almas; jamás olvida que lleva el cayado en la mano. El *pasce agnos meos* resuena sin cesar en sus oídos. Su hermano D. Juan es un ilustre sabio, jurisconsulto, orador y una de las mejores plumas puestas al servicio de la causa tradicional. Sus ocupaciones en esta vida, abandonados ya el bufete y el foro, se reducen á escribir una obra monumental y educar en el temor de Dios á Gloria, que no tiene madre, y concentra en su padre y en su tío el obispo todos los afectos humanos de su alma. El autor nos ha pintado *con amore* esta familia. Si en D. Juan se nota alguna fatuidad, semejante falta, casi imposible de evitar en su género de vida, queda borrada por mil cualidades excelentes. El sello común, lo que imprime carácter en esta familia, es la religiosidad; pero repetimos, nada de fanatismo, á lo ménos en el sentido vulgar y corriente de la palabra. Los demás personajes *de la parte de acá*, es decir, españoles, católicos, son todos secundarios: el cura, D. Silvestre Romero, natural de los Picos de Europa, sacerdote por conservar la renta de ciertas capellanías, no es un modelo de párrocos, pero sí un hombre franco, noble, y que se atrae universales simpatías; pescador y cazador por vocación, tiene en su poder los medios y artificios suficientes para concluir con toda la fauna de mar y tierra; es también gran cazador de votos, y en odio al parlamentarismo, pone en juego todas sus trampas para dar la victoria á D. Rafael de Horro, candidato á la mano de Gloria y á la diputación á Cortes por Ficóbriga, todo en beneficio de la santa causa de la re-

ligion. D. Rafaél, de quien no volveremos á hablar, es ya un personaje repugnante; el D. Jacintito de *Doña Perfecta* un poco medrado; pero su papel en la novela es casi insignificante, si bien está trazado de mano maestra. D. Juan Amarillo, Harpagon cristianísimo, beato forrado en amuletos de oro, es un hipócrita repugnante, mero instrumento en la fábula. Se vé claramente que el autor ha querido representar las ideas que van á luchar en su obra por medio de espíritus levantados, dignos de ellas, no por caractéres rebajados, pervertidos, á cuyas malas pasiones pudiera atribuirse la catástrofe que ha de sobrevenir.

El preludeo de esta catástrofe es una tempestad: entre relámpagos, traído por un rayo, pudiera decirse, entra en el hogar tranquilo y cristiano de los Lantiguas, Daniel Morton, el primer náufrago del *Plantagenet*, el Mesías del corazon de Gloria, un judío.

Gloria le esperaba hacía mucho tiempo, muchas profecías habian hablado en su corazon del amante que se acercaba; pero aquella niña espiritual, de viva imaginacion, de pensamiento sutil y levantado, que por obediencia y sumision procuraba sofocar en su alma gérmenes infinitos de ideas y sentimientos superiores; aquella niña abandonaba los libros, porque su padre temia en ella el prurito de juzgar, la fiebre del discernimiento; aquella niña, en fin, que cuando Morton se le aparece, es «como un ave que tiene las alas cortadas,» al despertar para el amor, despierta á mil dolores, á sobresaltos y amarguras sin cuento, porque de nuevo le crecen las alas, la voz de la rebelion le grita de nuevo en los oidos: levántate, piensa, sublévate. ¡Pobre Gloria! Ella, tan religiosa, tan católica, apenas empieza á amar, en cuanto tiende el vuelo por las regiones sublimes... cae sin quererlo en la herejía; su tío el obispo nota horrorizado que Gloria se halla en pleno latitudinarismo. Pero ¿por qué? ¿En qué consiste mi error? pregunta con espanto la niña. ¡Ahí es nada! Amar á un hereje (entónces no se sabotavía que es judío), y lo que es peor, pretender amarle en Jesús, pensar que todos pueden salvarse profesando con sinceridad una religion, sea la que sea... ¡latitudinarismo! ¡herejía! Aquellas ideas que á Gloria le parecen tan religiosas, tan puras, tan sublimes, están condenadas terminantemente en las Encíclicas *Qui pluribus* y *Singulari quadam*, en las Alocucio-

nes *Ubi primun y Maxima quidem*, y, por último, en las Letras apostólicas *Multiplícis inter*. ¡Qué horror! A pesar de tantos latines y tantas condenaciones, Gloria no puede desechar aquellas ideas que ha despertado en ella el amor de un hereje; matará el amor mismo, pero las ideas no puede. ¿Cómo si son médula de su pensamiento, si son ella misma? El obispo, que es un santo, transige en todo ménos en esto; no concibe que así se rebele la razon de su sobrina, tan dócil hasta aquel día. Lo que hace Gloria por amor á su padre y á su tío, es callar en adelante, fingir una sumision de su inteligencia que no existe; ellos se dan por satisfechos, creen que aquella docilidad es obra de la gracia. Por un accidente vuelve Daniel Morton, vuelve en otro día de tempestad; ahora el rayo cae sobre la casa de Lantigua. Gloria, que ya ha sido hipócrita por debilidad, sucumbe; al ángel se le rompen las alas; se ha combatido en ella la herejía, no la pasion que se daba por muerta, y hereje y apasionada, Gloria ve su honra en los brazos del infiel, de un judío. No basta eso; el último estrago de la tempestad es más horrible; el último rayo estalla sobre la frente del padre amoroso. D. Juan de Lantigua sucumbe al dolor de ver á su hija deshonorada por un judío. Guerra de titanes, que diria Víctor Hugo; cada uno de estos grandes personajes lleva lo absoluto en su alma, y el choque tiene que ser pavoroso y la catástrofe inmensa. Aquí ningun hombre tiene la culpa de nada; tienen la responsabilidad las ideas: por eso esta obra nos parece de gran importancia, á pesar de sus modestas apariencias. El Sr. Perez Galdós desarrolla en el escenario de un idilio una tragedia de la fatalidad más espantable, más ciega; una fatalidad que llega á los espíritus. ¿Qué familia católica podrá presentarse más ilustrada, más sinceramente religiosa que esta de Lantigua? D. Angel es un bienaventurado; don Juan, aunque más humano, está léjos de ser un fanático vulgar, es un hombre de convicciones arraigadas y pulidas con el estudio; Gloria es un alma purísima de belleza celestial; Morton es un dechado de virtudes y nobles cualidades, tan profundamente religioso como Gloria y los suyos: por eso mismo, porque todos son fieles representantes de sus doctrinas, encarnaciones de su credo, la catástrofe es inevitable, lógica y de grandísima enseñanza. Aquí está el principal mérito del autor, mérito insigne: la realizacion de su obra nada ha

quitado al primordial pensamiento; en el producto artístico se trasparenta la idea con toda diafanidad, sin una sola mancha. A esa armonía del fondo y la forma es á lo que debe aspirar el artista que busca la belleza. La mayor parte de las veces los poetas que personifican un ideal ó individualizan una cuestion de la vida social, religiosa, etc., pretendiendo probar algo, pierden el tiempo y el trabajo, porque el ejemplar escogido es defectuoso. Fabian Conde, el protagonista de *El Escándalo*, no es la personificacion digna y exacta del hombre del siglo, del libre pensador, como ya hemos notado; el Dr. Faustino, carácter complejo y trazado con gran habilidad, tambien degenera y deja de representar lo que el autor se habia propuesto. Perez Galdós ha logrado en este respecto (el principal tratándose de lo que se trata) la mayor victoria; la concepcion de esta novela, que se llama *Gloria*, es muy grande, muy bella, muy importante; el desempeño, lleno de dificultades, ha sido felicísimo, casi diríamos perfecto.

Esta buena fortuna del Sr. Perez Galdós redundo, no sólo en bien de su fama y de la belleza de su obra, sinó de la idea que defiende el novelista con tanto denuedo. En *Gloria* hay una lógica inflexible, que nace de la verdad de la idea en que se inspira y aparece merced á la sabia conduccion del pensamiento, que ni un momento se oscurece ni mezcla con elementos extraños. Esa lógica puede originar dolorosos pero saludables combates en muchas conciencias, si se paran á meditar las enseñanzas de la novela que examinamos.

Yo no sé si habrán sido análogas reflexiones las que han llevado á un ilustre crítico á la afirmacion categórica de que *Gloria* es una de las mejores novelas españolas contemporáneas; de todos modos, mucho nos lisonjea el hallarnos conformes con la opinion de tan autorizado escritor.

### III

Si no nos sintiéramos ya temerosos de haber cansado la atencion de los lectores, podríamos emprender ahora, explicado el que nos parece principal pensamiento, la análisis literaria de esta obra. Sin detenernos en tan vasta materia, sí diremos que el Sr. Perez Galdós ha sabido ayudarse en el des-

empeño de su trabajo de todos los elementos que podían enriquecer su pensamiento y darle relieve. Es *Gloria* un cuadro de tan acabados términos, de toques tan inspirados y oportunos, tan discretamente pensado, con tal gracia concluido, que sería difícil quitar ni poner cosa alguna. De los caracteres ya hemos hablado, aunque sólo lo preciso para hacer comprensible la idea principal. Gloria, nunca bastante admirada, es el tipo de belleza femenil más hermoso que ha engendrado la fantasía de nuestros novelistas, y superior sin duda á otras muchas heroínas ya célebres en nuestra literatura contemporánea. Aquella niña que siente dentro de sí algo que es acaso el genio; que quiere someter á la autoridad su conciencia y no puede, y que arroja los libros por no juzgar, y sigue juzgando de todo con fiebre de discernimiento, aquella alma enamorada sin saber de qué, pero que al fin

*Ve cuajarse en el viento su esperanza,*

y amante y correspondida, promete sofocar su amor, porque también la autoridad lo exige, y que necesitando amar algo, vuelve su corazón del lado de los recuerdos y adora en la memoria de los hermanitos muertos; esa Gloria, que á todo renuncia ménos á pensar la verdad y á hacer el bien, águila enjaulada como mísera avecilla, víctima, en fin, de uno de esos grandes errores que viven en la historia siglos y siglos porque viven respetados; esa Gloria, que cada cual quisiera encontrar en su camino para llenar vacíos del corazón que pocas veces se colman, es perfectísima imagen de la mujer más pura, más noble, de la mujer digna en su pensamiento, como en su cuerpo, como en sus sentimientos. ¡Y Gloria, sin saberlo, llega á ser hereje y contumaz, y por consiguiente indigna de la absolución del obispo, aquel santo implacable, que tiene caridad ardiente para todas las cosas, ménos la más grande, la conciencia! ¡Gloria hereje! Fuerte es la lección, pero profunda y saludable la enseñanza.

Daniel Morton, el judío, está sin duda llamado á desarrollar más su carácter en la parte segunda de la novela, que aún no conocemos; pero ya en la primera se presenta como espíritu digno del amor de Gloria: Morton ya no es, como el ingeniero de Doña Perfecta, indiferente en religión, libre pensador

secularizado; es tan sectario como Gloria, y aunque tiene la tolerancia exterior de las formas, es intolerante como un rabí en el fondo de sus creencias. El autor ha escogido la religion judáica para Morton porque así el conflicto es mayor, la dificultad de la avenencia insoluble dentro de los respectivos credos: además, el tipo posible, verosímil, real de un libre pensador intransigente en materia de conciencia, que ni por fórmula se atempera á las exigencias del catolicismo, ofrecia mayores dificultades, porque para muchos tal personaje es un mito, y sobre todo, los esfuerzos que se le exigen en la sociedad del dia son tales, que si ha de vencer en la lucha, donde él combata no puede haber otro héroe superior ni igual: en la novela *Gloria* no cabia el personaje que indicamos, y así el autor ha hecho bien en no oscurecer la figura de su protagonista con otra concepcion de más fuerza. El Sr. Perez Galdós cuenta con facultades bastantes para escribir la novela de ese hombre de cuyos combates en la vida dió un bosquejo el señor A..... en su *Minuta de un testamento*.

Merecerian artículo aparte la composicion de *Gloria*, la traza del plan, la profundidad y hermosura de los pensamientos, el movimiento y vida de las escenas, que, sin perder un punto el interés, se suceden, ya graciosas, ya patéticas, ya tiernas, ya sublimes.

El lenguaje es natural, puro, sin afectacion de ningun género, y revela en su autor un espíritu franco, noble, varonil, apasionado, tierno; pero si hace falta, sutil, observador, satírico. Es un vicio, por desgracia, muy comun en nuestros escritores, el amaneramiento; áun los más expertos y concienzudos se dejan arrastrar por el demonio de la afectacion. Perez Galdós, acaso el único, se ha librado de esta lepra general. Si alguna vez se quiso atribuir esta ventaja á frialdad, palidez, pobreza de estilo, ¿quién ahora se atreveria á sostener otro tanto? Perez Galdós debe su naturalidad, que ha de contribuir no poco á la vida de sus obras, no á la inopia, á la rectitud y seriedad de su talento y de su corazon. Sin preciarnos de médicos del alma, nos atrevemos á asegurar que este ilustre ingenio se halla exento de ciertas debilidades y achaques que suelen ahogar en flor muchas esperanzas de las letras. Un escritor que con tan grande talento, con tan sano criterio y con tan altas miras se consagra, denodado y decidido, al servicio

---

de la justicia, de la verdad y de la belleza, es ya *gloria* de las letras y adalid de la civilización.

La verdad y la belleza; este era el lema del insigne autor de *Guillermo Meister*; el autor de *Gloria*, peleando bajo tal bandera, acaba de conquistar sus mejores laureles.

---





---

---

## UN LUNÁTICO

Entendámonos: no es cosa mía el llamar lunático al señor F. Florez, sinó pura broma del interesado, que se ha puesto ese mote, sin duda por modestia y porque no se diga que en este país de cabezas montadas al aire, aspira él á la dignidad de honrosa excepcion.

Pero no ha de valerle la modestia; no hay tal lunático, quiero decir, el lunático no lo es, es un hombre de los pocos que logran escapar de ese Scylla de Babia sin caer en el Carib.lis de Leganés. En pocas palabras, el lunático tiene todas sus potencias en su sitio.

¿Quiéren Vds. que lo pruebe? El gobierno no se ha acordado de él para darle una cruz simple ni compuesta. Es un hombre.

Pero este hombre tiene un apéndice, y en eso está su debilidad.

Tengo el honor de sentarme en el teatro Español en la misma fila de butacas que el Lunático. Cierta noche en que Parreño hacía las delicias de sus apasionados los alabarderos, llevé conmigo al Español á un amigo provinciano.

—Mira, aquél es el Lunático, le dije.

El provinciano miraba sin convencerse.

—¿Dudas?

—Sí... porque... ¿y el perro?

—El perro no lo conozco, no lo trae al teatro. Creo que lo

trajo en un estreno de Echegaray; pero el perro aulló; Ramon Nocedal se aprovechó de esta sensibilidad canina para desacreditar el neo-romanticismo, y el Lunático ha renunciado á formar el gusto estético de su perdiguero. Ahora viene al teatro con D. Peregrin.

Efectivamente; D. Peregrin estaba á su lado.

El Lunático debería hablar ménos de su perro... y debería prescindir de D. Peregrin.

¿Por qué no encarga al Sr. Fernandez Florez las revistas teatrales? Las haria mucho mejores. Lo que más falte le hace á D. Peregrin, es lo que más avalora el mérito literario del Lunático, el instinto infalible, y esa prudencia, y hasta diria... *escama* literaria, que tanto sirve á los expertos y que deben procurarse los bisoños. Sólo el genio puede ser exagerado impunemente. El Lunático sabe limitarse en punto á crítica, ya sea de las costumbres, ya de la literatura, y en esa prudencia exquisita consiste el no sé qué del Lunático; no en los chistes ni en el estilo, un tanto rebuscado algunas veces.

Me preguntaba el amigo provinciano.

—¿Se le ha muerto su tío al Sr. Fernandez Florez?

—No sé, respondí; ¿por qué lo preguntas?

—Como ya no le escribe... y hace mal, si vive, porque es bueno siempre estar bien con los parientes.

Tiene razon mi amigo: el tío de Fernandez Florez era lo que se llama un tío en Indias: si el distinguido publicista hubiera continuado su correspondencia con su señor tío, probablemente sacaria en conclusion una buena herencia, en merecida reputacion, contante y sonante.

El tema de los *lúnes*, por fuerza tiene que llevar al amaneamiento y al *traperismo* literario, si se permite la palabra, que no se debe permitir. Me explicaré: llamo traperismo literario al oficio enojoso y ruin de buscar entre las nonadas que diariamente sirven de comidilla á los desocupados, algo que sirva para *hacer cuartillas*, trapos que se convierten en papel emborronado. Que se escapa un toro, ó un tigre, ó un cajero... pues ya se sabe, el Lunático tiene que esgrimir el magin para encontrarle el chiste á la escapatoria, que maldito el chiste que tendrá para el que se mecía en la cuna del toro, para el que tembló, como cualquiera temblaria, en presencia del tigre, ó para el amo de la caja, que se quedó sin cajero y sin cuartos.

Claro que el Lunático, la mayor parte de las veces, encuentra el chiste que busca; pero dá lástima verle trabajar en tan árdua empresa, cuyo resultado no es digno ni del esfuerzo ni del mérito absoluto del esforzado escritor.

Una inteligencia privilegiada que se sacrifica de tal modo en aras del mal gusto ageno, es un espectáculo deplorable. En Francia y en otros países, los humoristas de buena ley, de cuya madera está hecho el Lunático, no necesitan revolver zarandajas ni escribir crónicas á vuela pluma para obtener la atención pública y el consiguiente provecho; en obras más ó ménos extensas, con asuntos siempre dignos de estudio, en fin, con desarrollo y plan realmente artísticos, trabajan, y medra su fama, y algo, y mucho, gana la literatura. Pero aquí es axiomático; los libros no se venden, las revistas se leen muy poco, los trabajos que no sean de cortísimas dimensiones se pasan por alto, y el escritor necesita, para ser oído, imitar el estilo del telégrafo. De ahí el estilo cortado que tambien el Lunático se vé muchas veces obligado á emplear. Y lo peor no es eso, sinó que las ideas tambien tienen que responder á la premura del autor, nada profundo, nada delicado, nada que consista en la gracia del pensamiento, cuya expresion no siempre puede acumularse en dos renglones.

Pero el éxito decide siempre, y es natural; se lleva al mercado lo que se vende, y el Lunático ha tenido que dejar las *Cartas á mi tío*, en que habia algo de lo que aquí se pide, y ha seguido con sus revistas de Madrid, que todos leen y saborean, sin notar que esa curiosidad y favor hacen gran daño al gusto en general, y á las dotes del escritor en particular.

*Económicamente* considerada la cuestion, el Lunático hará bien en *confeccionar* sus chistes al vapor miéntras se los pida al público; pero yo tengo derecho para quejarme de la suerte, que no deja aprovechar en obras mejores, de mejor gusto y más importancia, talentos innegables que posee el director de los *Lúnes*.

En todo lo dicho, mi ánimo no ha sido ofenderle ni en lo más mínimo de su susceptibilidad; lo del perro, que puede haberle parecido mal, no por él sinó por el perro, lo retiro si quiere, aunque advertiré, de paso, que el acompañarse de tan fiel compañero es una costumbre que no desdora un buen nombre. Cárlos V tenía un perro, Alfonso Karr tenía un perro,

y el ilustre Juan Pablo, el mejor de los humoristas, también tenía un perro que jamás se separaba de su lado. Cuando el príncipe Pío convidaba á comer en su castillo de Bayrentk á Juan Pablo, éste ponía por condiciones que se convidara también á su perrito, y se le convidaba en toda forma; si los cortesanos se quejaban, el príncipe decía: «bien puede ceder la etiqueta de palacio ante los caprichos del genio.» Y cedia.

*Mutatis, mutandis*, y quitando el fierro que haya que quitar, yo vería sin escándalo que el Lunático llevara su perro á los estrenos.

Todo... ménos D. Peregrin. No olvidar eso.

---

---

## EL DIABLO EN SEMANA SANTA

---

Como un leon en su jaula bostezaba el diablo en su trono; y he observado que todas las potestades, así en la tierra como en el cielo y en el infierno, tienen gran afición al aparato majestuoso y solemne de sus prerogativas, sin duda porque la vanidad es flaqueza natural y sobrenatural que llena los mundos con sus vientos, y acaso los mueve y rige. Bostezaba el diablo del hambre que tenía de picardías que por aquellos días le faltaban, y eran los de Semana Santa.

Tal como se muere de inanición el cómico en esta época del año, así el diablo espiraba de aburrido; y no bastaban las invenciones de sus palaciegos para divertirle el ánimo, alicaido y triste con la ausencia de bellaquerías, infamias y demás proezas de su gusto.

Segun bostezaba y se aburría, ocurriósele de pronto una idea, como suya, diabólica en extremo; y como no peca S. M. *in inferis* de irresoluta, dando un brinco como los que dan los monos, pero mucho más grande, saltó fuera de sus reales, y se quedó en el aire muy cerca de la tierra, donde es huésped agasajado y bien quisto por sus frecuentes visitas.

Fué la idea que se le ocurrió al demonio, que por entónces comenzaba la tierra madre á hincharse con la comezon de dar frutos, yéndosele los antojos en flores, que lo llenaban todo de aromas y de alegres pinturas, ora echadas al aire, y eran

las alas de las mariposas, ora sujetas al misterioso capullo, y eran los pétalos.

Bien entiende el diablo lo que es la primavera, que ántes de ser diablo fué ángel, y se llamó luz bella, que es la luz de la aurora, ó la luz triste de la tarde, que es la luz de la melancolía y de las aspiraciones sin nombre que buscan lo infinito. Lo que sabe el diablo de argucias, díganlo San Antonio y otros varones benditos, que lucharon con fatiga y sudor entre las tentaciones del enemigo malo y las inefables y austeras delicias de la gracia. Claro es que al atractivo celestial nada hay comparable, ni de léjos, y que soñar con tales comparaciones es pecar mortalmente; pero también es cierto que aparte de Dios, nada hay tan poderoso y amable, á su manera, como el diablo; siendo todo lo que queda por el medio, insulso, tífico y de ménos precio, sea bueno ó malo. Para todo corazón grande, el bien, como no sea el supremo, que es Dios mismo, vale ménos que el mal, cuando es el supremo, que es el demonio.

Al ver que brotaba la primavera en los botones de las plantas y en la sangre bulliciosa de los animales jóvenes, se dijo, esta es la mía, el diablo, gran conocedor de las inclinaciones naturales. Aunque le teme y huye, no quiere el diablo mal á Dios, y mucho ménos desconoce su fuerza omnipotente, su sabiduría y amor infinito, que á él no le alcanza, por misterioso motivo, cuyo secreto el mismísimo demonio respeta, más reverente que algunos apologistas cristianos. Y así, mirando al cielo, que estaba todo azul al Oriente y al Poniente se engalanaba con ligeras nubecillas de amaranto, decia el diablo con acento plañidero, pero no rencoroso, digan lo que quieran las beatas, que hasta del diablo murmuran y le calumnian, digo que decia el diablo: Señor, de tu propia obra me valgo y aprovecho: tú fuiste, y solo tú, quien produjo esta maravilla de las primaveras en los mundos, en una divina inspiracion de amor dulcísimo y expansivo, que jamás comprenderán los hombres que son religiosos por manera ascética: ¿y qué es la primavera, señor? Un beso caliente y muy largo que se dan el sol y la tierra, de frente, cara á cara, sin miedo. ¡Pobres mortales! los malos, los que saben algo de la verdad del buen vivir están en mi poder, y los buenos, los que vuelven á tí los ojos, Dios Eterno, quiérente de soslayo, no con el alma entera; no en-

tienden lo que es besar de frente y cara á cara, como besa el sol á la tierra, y tiemblan y vacilan, y gozan de tibias delicias, más ideadas que sentidas; y acaso es mayor el placer que les causa la tentacion con que yo les mojo los labios, que el alabado gozo del deliquio místico, mitad enfermedad, mitad buen deseo...

Comprendió el diablo que se iba embrollando en su discurso, y calló de repente, prefiriendo las obras á las palabras, como suelen hacer los malvados que son más activos y ménos habladores que la gente bonachona y aficionada al *verbo*.

Sonrió S. M. infernal con una sonrisa que hubiera hecho temblar de pavor á cualquier hombre que le hubiese visto: y varios ángeles, que de vuelta del mundo pasaban volando cerca de aquellas nubes pardas donde Satanás estaba escondido, cambiaron por instinto la direccion del vuelo, como bandada de palomas que vuelan atolondradas con distinto rumbo al oír el estrépito que hace un disparo cuando retumba por los aires. Mira el diablo á los ángeles con desprecio, y volviendo enseguida los ojos á la tierra, que á sus piés se iba deslizando como el agua de un arroyo, dejó que pasara el Mediterráneo, que era el que á la sazón corria hácia Oriente por debajo, y cuando tuvo en el nadir á España, dejóse caer sobre la llanura; y como si fuera por resorte, redújose, con el choque de la caída, la estatura del diablo, que era de leguas, á un escaso kilómetro.

El sol escondia en lejanos términos y sus encendidos colores reflejábanse en el diablo de medio cuerpo arriba, dándole ese tinte mefistofélico con que solemos verle en las óperas, merced á la lámpara Drumont ó á las luces de bengala. Puso el Señor de los Abismos la mano derecha sobre los ojos y miró en torno, y no vió nada á la investigacion primera; más luégo distinguió de la otra parte del sol como la punta de una lanza enrojecida al fuego. Era la punta de una torre muy lejana. En unos doce pasos que anduvo vióse el diablo muy cerca de aquella torre que era la de la catedral de una ciudad muy antigua, triste y vieja, pero no exenta de aires señoriales y de elegancia majestuosa. Tendióse cuan largo era por la ribera de un rio que al pié de la ciudad corria (como contando con las quejas de su murmullo la historia de su tierra) y estirando un tanto el cuello, con postura violenta,

pudo Satanás mirar por las ventanas de la catedral lo que pasaba dentro. Es de advertir que los habitantes de aquella ciudad no veían al diablo tal como era, sinó parte en forma de niebla que se arrastraba al lado del río perezosa, y parte como nubarrón negro y bajo que amenaza tormenta y que iba en dirección de la catedral desde las afueras. Verdad es que el nubarrón tiene la figura de un avechucho raro, así como cigüeña, con gorro de dormir; pero esto no lo veían todos y los niños, que eran los que mejor determinaban el parecido de la nube, no merecían el crédito de nadie. Un acólito de muy tiernos años, que había subido en compañía del campanero á tocar las oraciones, le decía:—Sr. Paco, mire V. este nubarrón que está tan cerca, parece un aguilucho que vuelve á la torre, pero trae una alcuza en el pico; vendrá por aceite para las brujas. Pero el compañero, sin contestar palabra ni mirar al cielo, daba la primer campanada, que despertaba á muchos vencejos y lechuzas dormidos en la torre. Sonaba la segunda campanada solemne y melancólica y los pajarracos revolaban cerca de las veletas de la catedral; el chico, el acólito, continuaba mirando el nubarrón, que era el diablo; y á la campanada tercera seguía un repique lento, acompasado y grave, mientras que los otros campanarios de la ciudad vestusta comenzaban á despertarse y á su vez bostezaban con las tres campanadas primeras de las oraciones.

Cerró la noche, el nubarrón se puso negro del todo, y nadie vió las áscuas conque el diablo miraba al interior de la catedral por unos vidrios rotos de una ventana que caía sobre el altar mayor, muy alumbrado con lámparas que colgaban de la alta bóveda y con velas de cera que chisporroteaban allá abajo.

El aliento del diablo, entrando por la ventana de los vidrios rotos, bajaba hasta el altar mayor en remolinos, y movía el pesado lienzo negro que tapaba por aquellos días el retablo de nogal labrado. A los lados del altar, dos canónigos apoyados en sendos reclinatorios, sumidos los pliegues del manteo en ampuloso almohadon carmesí, meditaban á ratos y á ratos leían la pasión de Cristo. En el recinto del altar mayor, hasta la altísima verja de metal dorado con que se cerraba, nadie más había que los dos canónigos: detrás de la verja, el pueblo devoto, sumido en la sombra, oía con religiosa atención las



voces que cantaban las *lamentaciones*, los inmortales *trinos* de Jeremías. Cuando el monótono cántico de los clérigos cesaba, tras breve pausa, los violines volvían á quejarse acompañando á las *niñas de coro*, tiples y contraltos, que parecían llegar á las nubes con los ayes del *Miserere*. Diríase que cantaban en el aire, que se cernían las notas dadas en la bóveda, y que de pronto, volando, volando, subían hasta desvanecerse en el espacio. Después las voces del violín y las voces del colegial tiple emprendían juntas el vuelo, jugaban, como las mariposas, alrededor de las flores ó de la luz, y ora bajaban las unas en pós de las otras hasta tocarse cerca del suelo, ora, persiguiendo también, salían en rápida fuga por los altos florones de las ventanas á través de las cortinas cenicientas y de los vidrios de colores. Nuevo silencio: cerca del altar mayor se extinguía una luz de varias colocadas en alto, sobre un triángulo de madera sostenido por un mástil de nogal pintado. Entónces, como risas contenidas, pero risas lanzadas por bocas de madera, se oían algunos chasquidos; á veces los chasquidos formaban série, las risas eran carcajadas; eran las carcajadas de las carracas que los niños ocultaban, como si fueran armas prohibidas preparadas para el crimen. El incipiente motin de las carracas se desvanecía al resonar otra vez por la anchurosa nave el cántico pesado, estrepitoso y lúgubre de los clérigos del coro.

El diablo seguía allí arriba alentando con mucha fuerza, y llenaba el templo de un calor pegajoso y sofocante: cuando oyó el prelude inseguro y contenido de las carracas, no pudo contener la risa, y movió las fauces y la lengua de modo que los fieles se dijeran unos á otros:—¿Será el carracon de la tierra? ¿Pero por qué le tocan ahora? Un canónigo, miéntras se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo de hierbas, decía para sí:—¡Este Perico es el diablo, el mismo diablo; pues no se ha puesto á tocar el carracon del campanario! Y todo era que el diablo, no Perico, sinó el diablo de veras, se había reído. El canónigo, que sudaba, miró hácia el retablo y vió ya el gran lienzo negro que se movía; volvió los ojos á su compañero, sumido en la meditacion, y le dijo en voz muy baja y sin moverse:—¿Qué será? ¿No vé V. cómo se menea eso?

El otro canónigo era muy pálido. No sudaba ni con el calor que hacia allí dentro. Era jóven; tenía las facciones hermosas

y de un atrevido relieve; la nariz era acaso demasiado larga, demasiado inclinada sobre los labios y demasiado carnosa; aunque aguda, tenía las ventanas muy anchas, y por ellas alentaba el canónigo fuertemente, como el diablo allí arriba. —No es nada, contestó sin apartar los ojos del libro que tenía delante, «es el viento que penetra por los cristales rotos.» En aquel momento todos los fieles pensaban en lo mismo y miraban al mismo sitio; miraban al altar y al lienzo que se movía, y pensaban ¿qué será eso? Las luces del triángulo puesto en alto se movían también, inclinándose de un lado á otro alrededor del pábilo, y brillaban cada vez más rojas, pero como envueltas en una atmósfera que hiciera difícil la combustion. El canónigo viejo se fué quedando aletargado ó dormido; la misma torpeza de los sentidos pareció invadir á los fieles, que oían como en sueños á los que en el coro cantaban con perezoso compás y enronquecidas voces. El diablo seguía alentando por la ventana de los vidrios rotos. El canónigo jóven estaba muy despierto y sentía una comezon, que no pudo dominar al cabo; pasó una mano por los ojos, anduvo en los registros del libro, compuso los pliegues del manteo, hizo mil movimientos para entretener el ánsia de no sabía qué, que le iba entrando por el corazon y los sentidos; respiró con fuerza inusitada, levantando mucho la cabeza... y en aquel momento volvió á cantar el colegial que subía á las nubes con su voz de tiple. Era aquella voz, para los oídos del canónigo inquieto, de una extraña naturaleza, que él se figuraba así, en aquel mismo instante en que estaba luchando con sus angustias: era aquella voz de una pasta muy suave, ténue y blanquecina; vagaba en el aire, y al chocar con sus ondas, que la labraban como si fueran finísimos cinceles, iba adquiriendo graciosas curvas, que parecían, más que líneas, sutiles y vaborosas ideas que suspiraban entusiasmo y amor: al cabo, la fina labor de las ondas del aire sobre la masa de aquella voz, que era, aunque muy delicada, materia, daba por maravilloso producto los contornos de una mujer, que no acababan de modelarse con precisa forma; pero que, semejando todo lo curvilíneo de Vénus, no paraban en ser nada, sinó que lo iban siendo todo por momentos. Y segun eran las notas, agudas ó graves, así el canónigo veía aquellas líneas que son símbolo en la mujer de la idealidad más alta, ó aquellas otras que toman

sus encantos del ser ellas incentivo de más corpóreos apetitos.

Toda nota grave, era, en fin, algo turgente, y entónces el canónigo cerraba los ojos, hundía en el pecho la cabeza y sentía pasar fuego por las hinchadas venas del robusto cuello; cuando sonaban las notas agudas, el jóven magistral (que esta era su dignidad) erguía su cabeza apolina, abría los ojos, miraba á lo alto y respiraba aquel aire de fuego con que se estaba envenenando, gozoso, anhelante, miéntras rodaban lágrimas lentas de sus azules ojos, llenos de luz y de vida.

Aunque la voz del colegial cantaba en latin los dolores del Profeta, el magistral creía oír palabras de tentacion que en claro español le decian:

«Mientras lloras y gimes por los dolores de edades enterradas despues de muchos siglos, las golondrinas preparan sus nidos para albergar el fruto del amor.

»Mientras cantas en el coro tristezas que no sientes, corre loca la sávia por las entrañas de las plantas, y se amontona en los pétalos colorados de la flor, como la sangre se traspasa en las megillas de la vírgen hermosa.

»El olor del incienso te enerva el espíritu; en el campo huele á tomillo, y la espinera y el laurel real embalsaman el ambiente libre.

»Tus ayes y los míos son la voz del deseo encadenado; rompamos estos lazos, y volemós juntos; la primavera nos convida; cada hoja que nace es una lengua que te dice: «ven, el misterio dionisiaco te espera.»

»Soy la voz del amor, soy la ilusion que acaricias en sueños; tú me arrojas de tí, pero yo vuelo en la callada noche, y muchas veces al huir en la oscuridad enredo entre sus manos mis cabellos: yo te besé los ojos que estaban llenos de lágrimas que durmiendo vertias.

»Yo soy la bien amada, que te llama por última vez: ahora ó nunca. Mira hácia atrás, ¿no oyes que me acerque? ¿Quieres ver mis ojos y morir de amor? ¡Mira hácia atrás, mírame, mírame!..»

Por supuesto que todo esto era el diablo quien lo decia y no el niño del coro, como el magistral pensaba. La voz, al cantar lo de, ¡mírame, mírame! se habia acercado tanto que

el canónigo creyó sentir en la nuca el aliento de una mujer (según él se figuraba que eran esta clase de alientos.)

No pudo ménos de volver los ojos y vió con espanto detrás de la verja, tocando casi con la frente en las rejas doradas, un rostro de mujer del cual partía una mirada dividida en dos rayos que venían derechos á herirle en sitios del corazón deshabitados. Púsose en pié el magistral sin poder contenerse, y por instinto anduvo en dirección de la verja cerrada. A nadie extrañó el caso, porque en aquel momento otro canónigo vino de relevo y se arrodilló ante el reclinatorio.

Aquella imagen que asomaba entre las rejas era de la jueza, que así llamaban á doña Fé por ser esposa del magistrado de mayor categoría del pueblo.

Bien la conocía el magistral, y aún sabía no pocos de sus pecados, pues ella se los había referido; pero jamás hasta entonces había notado la acabadísima hermosura de aquel rostro moreno. Claro es que al magistral, sin las artes del diablo, jamás se le hubiera ocurrido mirar á aquella devota dama, famosa por sus virtudes y acendrada piedad.

Cuando el canónigo, sin saber lo que hacía, se iba acercando á ella, un caballero de elegante porte, vestido con esmerada riqueza y gusto, y ni más ni ménos hermoso que el magistral mismo, pues se le parecía como una gota á otra gota, se acercó á la jueza, se arrodilló á su lado, y acercando la cabeza al oído de un niño que la señora tenía también arrodillado en su falda, le dijo algo que oyó el niño sólo y ya le hizo sonreír con suma picardía. Miró la madre al caballero, y no pudo ménos de sonreír cuando le vió posar los labios sobre la melena abundosa y crespa de su hijo diciendo: ¡hermoso arcángel!— El niño, con cautela y á espaldas de la madre, sacó de entre los pliegues de su vestido una carraca de tamaño descomunal, en cuanto carracas, y sin más miramientos, en cuanto vió que otra luz de las del triángulo se apagaba, trazó en el viento un círculo con la estrepitosa máquina y dió horrísono comienzo á la revolución de las carreras: no había llegado, ni con mucho, el momento señalado por el rito para el barullo infantil, pero ya era imposible contener el torrente; estalló la furia acorralada, y de todos los ángulos del templo, como gritos de los eumenides, salieron de las fauces de madera los discordantes ruidos, sofocados ántes, rompiendo al fin

la cárcel estrecha y llenando los aires en desesperada lucha unos con otros, y todos contra los tímpanos de los escandalizados fieles.

Y era lo que más sonaba y más horrísono estrépito movía la carcajada del diablo, que tenía en sus brazos al hijo de la jueza y le decía entre la risa: Bien, bravo, ¡já já já, toca, eso, ra, ra, ra, ra...

El niño, orgulloso de la revolución que había iniciado, manejaba la carraca como una honda, y gritaba frenético: ¡Mamá, mamá, he sido yo el primero! ¡Qué gusto, qué gusto! Ra, ra, ra. La jueza bien quisiera ponerse seria, á fuer de severa madre; pero no podía, y callaba y miraba al *hermoso arcángel* y al caballero que le sostenía en sus brazos, y oía el estrépito de las carracas como el ruido de la lluvia de primavera, que refresca el ambiente y el alma. Porque precisamente en aquel día había esta señora sentido grandes antojos de algo extraordinario, sin saber qué; algo, en fin, que no fuera el juez del distrito; algo que estuviera fuera del orden; algo que hiciera mucho ruido, como los besos que ella daba al arcángel de la melena; más todavía, como los latidos de su corazón, que se le saltaba del pecho, pidiendo alegría, locuras, libertad, aire, amores... carracas. El magistral, que había acudido con sus compañeros de capítulo á poner dique á la inundación del estrépito, pero en vano, fingía, también en balde, tomar á mal la diablura irreverente de los muchachos, porque su conciencia le decía que aquella revolución le había ensanchado el ánimo, le había abierto no sabía qué válvulas que debía tener en el pecho, que al fin respiraba libre, gozoso. Ni el magistral volvió á pensar en la jueza, ni la jueza miró sinó con agradecimiento de madre al caballero que se parecía al magistral, á quien había mirado la espalda aquella noche ántes de que entrase el caballero.

Los demás devotos, que al principio se habían indignado, dejaron al cabo que los *diablejos* se despacharan á su gusto: en todas las cosas había frescura, alegría; parecíales á todos que despertaban de un letargo; que un peso se les había quitado de encima, que la atmósfera estaba ántes llena de plomo, azufre y fuego; y que ahora con el ruido se llenaba el aire de brisas, de fresco aliento que rejuvenecía y alegraba las almas.— Y ra, ra, ra, ra, los chicos tocaban como desesperados. Perico

hacia sonar el carracon de la torre, y el diablo reía, reía como cien mil carracas.



Lo cierto es que el demonio tenía un plan como suyo; que la jueza y el magistral estuvieron á punto de perderse, allá en lo recóndito de la intencion por lo ménos; pero como al diablo lo que más le agrada son las diabluras, en cuanto se le ocurrió al chico de la jueza la tentacion de tocar la carraca á deshora, todo lo demás se le olvidó por completo, y dejando en paz, por aquella noche, las almas de los justos, gozó como un niño con la tentacion de los inocentes.

Cuando Satanás, á la hora del alba, envuelto por oscuras nubes, volvía á sus reales, encontró en el camino del aire á los ángeles de la víspera. Oyeron que iba hablando solo, frotándose las manos y riendo á carcajadas todavía.

—¡Es un pobre diablo!—dijo uno de los ángeles.

—¡Y ríe!—exclama otro.—¡Y ríe en la condenacion eterna!..  
Y callaron todos, y siguieron cabizbajos su camino.

---

---

## INDICE

Pgs.

Dedicatoria.	
Cuatro palabras á manera de prólogo. ....	1
Prefacio á manera de sinfonia. ....	7
La crítica y los críticos. ....	13
Amador de los Rios. ....	17
Marcelino Menendez Pelayo. ....	21
Tamayo. ....	27
Del teatro. ....	31
El libre-exámen y nuestra literatura presente. ....	51
Cavilaciones. ....	63
Castelar (Recuerdos de Italia). ....	73
Consuelo (Ayala). ....	81
El nudo gordiano (Sellés). ....	93
Mar sin orillas (Echegaray). ....	103
La mosca sábia. ....	119
La opinion pública (Cano). ....	135
Theudis (Castro). ....	139
El frontero de Baeza (Retes y Echevarría). ....	141
El casino (Cavestany). ....	149
Soledad (Blasco). ....	153
Sobre quién viene el castigo (Cavestany). ....	157
Trece de Febrero (Díaz). ....	161
Doctor Pértinax. ....	167
Leon Roch, primera parte (Galdós). ....	179
El Niño de la bola (Alarcon). ....	189

---

El Buey suelto (Pereda).....	203
Un prólogo de Valera.....	215
Pequeños poemas (Campoamor).....	225
Marianela (Galdós).....	235
De la comision.....	243
El tren directo (Munilla).....	255
El Comendador Mendoza (Valera).....	261
Tentativas dramáticas (Valera).....	269
Doña Luz (Valera).....	271
Leon Roch, segunda parte (Galdós).....	277
De tal palo... (Pereda).....	283
De burguesa á cortesana.....	291
De burguesa á burguesa.....	295
Don Gonzalo Gonzalez de la Gonzalera (Pereda).....	299
Gloria (Galdós).....	305
Un lunático.....	317
El diablo en Semana Santa.....	321

---















G 37912

CLAREN  
S O S  
S O S  
S O S